

GALERIA NACIONAL.



Dibujado i publicado por N. Desmadryl

JOSE ANTONIO MARTINEZ DE ALDUNATE.

D. D. Joseph Ant.º Aldunate



V.

D. J. A. MARTINEZ DE ALDUNATE,

OBISPO DE SANTIAGO.

No, nosotros no debemos conocer otro empleo, otra función, ni tener otro interés que el de Dios. Si nosotros guardásemos esta lei de nuestro santo ministerio, no veríamos todos los días invadidos los derechos y la autoridad del sacerdocio, que son los de Jesucristo.

BOSQUET, *Elévations sur les mystères*—§ VI.



En aquel memorable cabildo abierto que tuvo lugar el 18 de setiembre de 1810, una numerosísima concurrencia esperaba, con visibles muestras de ansiedad, las propuestas que hacia don José Miguel Infante de los personajes que debieran formar la primera junta gubernativa. Ruidosos y prolongados aplausos se siguieron a las palabras del procurador de ciudad, cuando propuso para vice-presidente al obispo electo de Santiago, doctor don José Antonio Martínez de Aldunate.

Y no porque hubiese entrado el resorte y la cábala en su nombramiento, puesto que Aldunate estaba fuera de Chile desde siete años atrás. Fueron sus talentos y virtudes, su carácter elevado y sus distinguidos antecedentes, los que le hicieron acreedor a esta honra.

El obispo Aldunate, en efecto, pertenecía a una de las familias mas encumbradas de la colonia: era chileno de nacimiento: poseía una ilustracion vastísima para la época y el pais: era doctor *in ambabus*, como entónces se decia; esto es, en derecho civil y en ciencias sagradas: habia alcanzado las dignidades mas prominentes en la carrera eclesiástica y en la enseñanza: fué dean de la catedral de Santiago y rector de la real universidad de San Felipe: se hacia notable por su espíritu liberal y avanzado, por su trato franco, por sus elevadas virtudes, por sus afables y corteses modales. Estos eran sus verdaderos méritos.

Nació don José Antonio Martinez de Aldunate en la ciudad de Santiago, por los años de 1730. Eran sus padres don José Antonio Martinez de Aldunate, y doña Josefa Garces y Molina, de noble estirpe y de fortuna considerable: entre sus deudos contábanse en aquella época un oidor de la real audiencia, un dean y un arcediano de esta iglesia catedral

A las ventajas que le daba su nacimiento, unió en breve las de una educacion escojida. Sus estudios fueron los mas completos que se hacian en el pais, y sus adelantos precoces: cursó latin, filosofía y teología en el convitorio jesuítico de San Francisco Javier, con tanto aprovechamiento que siempre alcanzó el aplauso en los exámenes o actos públicos a que se sometia al estudiante.

Su familia concibió las mas lisonjeras esperanzas de su singular aplicacion, y de sus rápidos adelantos. En efecto, Aldunate era un teólogo de nota y un jurista distinguido ántes de los veinte y cinco años. En esa edad fué graduado de doctor en la universidad de San Felipe.

El jóven Aldunate se habia sentido con vocacion a la carrera eclesiástica desde sus primeros años. Educado en el colejio jesuítico, habia palpado de cerca las ventajas del sacerdocio para el cultivo de la intelijencia. tenia por maestros a los hombres mas sábios del reino; y si no quiso abrazar la vida del claustro, se resolvió al ménos a recibir las órdenes sacerdotales. La virtud, que habia echado hondas raices en su corazon, y el amor a las ciencias lo indujeron a pronunciar sus votos.

Entónces, su saber era aplaudido por todo el clero de Santiago: en un exámen jeneral de teología a que asistió el obispo Aldai, Aldunate llamó su atencion y la de todos los presentes. La fortuna favorecia, pues, sus esfuerzos desde sus primeros pasos en el mundo.

Desde aquel día su carrera fué la de los honores y distinciones; el prestijio de su familia y su ilustracion, lo elevaron a las mas altas dignidades de la iglesia de Santiago. En 1755, un año ántes de celebrar su primera misa, obtuvo el empleo de promotor fiscal eclesiástico. Canónigo doctoral, dos años despues, asesor de la audiencia episcopal, provisor y vicario, gobernador del obispado en dos ocasiones, por ausencia de los obispos Aldai y Sobrino, comisario jeneral del santo oficio, canónigo tesorero, chantre, arcediano,

y finalmente dean en 1797, habia recorrido en cuarenta y dos años los mas honrosos puestos de la carrera eclesiástica.

Tantos honores no eran el premio de una vida de cilicios y mortificaciones: al canónigo Aldunate, por el contrario, no se le miraba como miembro de la parte ríjida y austera del clero de Santiago. Su reputacion le venia de su saber, de su caridad y de su conducta sin mancha; pero era liberal en sus ideas, compuesto en el vestir, afable y cortesano en sus modales: jamas se hizo notar por fastuoso si bien gustaba de algunas comodidades: su jardin era uno de los mejores de la ciudad, y su casa era de ordinario el lugar de reunion de sus numerosos amigos. Solia distraerse con juegos inocentes que no fueron para él objeto de lucro, sino de mero entretenimiento; y su reputacion no sufrió menoscabo alguno en el concepto de los hombres que lo miraban como sacerdote moral en sus costumbres, franco en su trato, caritativo con la indijencia, erudito doctor, orgullo y lumbrera de su patria.

Los estudios, en efecto, habian hecho de Aldunate una notabilidad en derecho civil y canónico, y uno de los maestros mas distinguidos del reino. En 1755, a los veinte y cinco años de edad, fué nombrado examinador en sagrados cánones en la real universidad de San Felipe, por el capitán jeneral Ortiz de Rozas: al siguiente año cuando el presidente don Manuel de Amat hizo los primeros nombramientos de los catedráticos que debian enseñar en la misma universidad, le encargó la cátedra de instituta. De documentos auténticos consta que la rejeñtó con jeneral aceptacion por el término de doce años.

Desempeñaba aquel cargo, cuando fué nombrado rector del cuerpo universitario, en la eleccion anual de 1764. Jóven entónces, Aldunate se veia elevado a una dignidad a que no alcanzaron sus predecesores, sino despues de largos años de estudio, y en una edad próxima a la decrepitud. Con mayor empeño que aquellas, emprendió trabajos en la reforma de estudios, y en la construccion y mejora del claustro. Con este motivo fué reelecto al siguiente año, y nombrado por tercera vez, por el gobernador Guill y Gonzaga, con desprecio de los estatutos de la corporacion.

Aldunate se sentia impulsado en su carrera literaria por cierto amor de gloria que le daba aliento para proseguir en el estudio: en 1768 hizo oposicion a la cátedra de prima de leyes, que dejaba vacante la muerte del doctor don Santiago Tordesillas, sometiéndose gustoso a las mas apremiantes pruebas. Los doctores que componian la comision examinadora, tuvieron que admirar el alto grado a que habia llegado el saber del pretendiente: en la lectura de su discurso, fué interrumpido por los aplausos, y ántes de concluir, se le aviso que la comision se hallaba completamente satisfecha de su primera prueba. El claustro universitario admiró sus otros exámenes, y le confirió la propiedad de la cátedra.

El desempeño de esta lo ocupó hasta el año de 1782, en que fué

acordada por unanimidad su jubilacion. Durante ese tiempo se manifestó empeñoso en la enseñanza, y laborioso en el estudio. La tradicion ha conservado hasta el dia, el recuerdo del tino superior y la paciente laboriosidad con que ilustraba al discípulo en ese sutil embolismo del sistema escolástico.

Pero no solo se distinguió en la enseñanza : en el tribunal eclesiástico habia dado pruebas de gran prudencia para resolver con sijilo y por los medios de una honesta transaccion, las escandalosas cuestiones que solian suscitarse. Paciente y tolerante con los contendientes, resolvía al fin en términos corteses y afables, amonestando con dulzura y aun con palabras chistosas, que no ofendian a las partes, ni a su propia dignidad.

Esa misma jovialidad le era característica : en él la alegría fué habitual, porque era el reflejo de su conciencia ; mas nunca la llevó a los asuntos graves que tanto ocuparon su espíritu. Encargado del gobierno de la diócesis en 1771, por el obispo Aldai, que pasaba a Lima para asistir al concilio provincial, se condujo con notorio acierto. Los principios liberales en materia contenciosa con el poder temporal, le valieron las honrosas palabras que siguen, tomadas de un informe que aquel ilustre prelado dirijió al rei : « Regresado de Lima al cabo de dos años, hallo que ha gobernado la diócesis con celo conservando la disciplina eclesiástica, el buen arreglo del clero, y velado sobre la conducta de los curas ; con prudencia, pues no ha tenido competencia alguna con las justicias reales, ni con las relijiones ; por cuyo motivo me han aplaudido todos su gobierno y principalmente vuestro gobernador y capitan jeneral de este reino, y los ministros de esta real audiencia quienes han podido experimentar su talento mas inmediatamente por la asistencia que en este tiempo ha tenido a las juntas de aplicaciones, y de remates de las temporalidades de los regulares de la compañía. »

Aldunate, en efecto, formaba parte de la direccion jeneral de temporalidades de Indias, encargada de enajenar los bienes de los regulares jesuitas. Esta comision, que desempeñó con jeneral aplauso, era tanto mas desagradable para él cuanto que tenia profundas simpatías por aquel orden. Entre sus miembros contaba numerosos amigos, maestros o condiscípulos, a quienes protejió en su desgracia y proscripcion por cuantos medios estuvieron a su alcance : el sapientísimo padre Lacunza le da el apodo de « benefactor y amigo » en una carta que he tenido a la vista, fechada en Imola en 23 de setiembre de 1791.

En esa misma carta le anuncia el jesuita Lacunza, quedar concedida por su santidad para el reino de Chile, la festividad del corazon de Jesus, segun habia solicitado Aldunate.

Esta nueva prueba de piedad, era un mérito mas ante los devotos colonos y ante las autoridades del reino, que informaron al rei de sus virtudes y su saber, y solicitaron para él los puestos mas eminentes : el presidente Jáuregui lo presentó en 1778 para el obispado de Concepcion, vacante por la muerte de don Pedro Anjel Espiñeira, designándolo como un sacerdote

de jenio suave, insinuante, entendido, ilustrado y predicador de renombre. Aldunate habia sido en realidad uno de los oradores mas distinguidos, hasta que a causa de haber perdido los dientes, su pronunciacion se hizo débil y confusa.

Tan empeñosas solicitudes fueron oídas al fin en la metrópoli : hicieron que fuese promovido al episcopado de Guamanga en 1803.

En esa época, Aldunate contaba 73 años. Sin ambiciones de ninguna especie, cercano al sepulcro, no celebró la promocion, que lo separaba del seno de su familia : pero resuelto a embarcarse para su destino, hizo jeneral cesion de todos sus bienes entre sus parientes y los pobres, fomentando los establecimientos de beneficencia y aliviando a los desgraciados a quienes habia socorrido hasta entónces.

Este último rasgo de su acendrada caridad le valió las bendiciones de toda la ciudad de Santiago. Su carácter insinuante le habia granjeado profundas simpatías entre sus amigos y discípulos, y esta última prueba de desprendimiento, convirtió en lágrimas sus últimos adioses.

Los años no habian debilitado su espíritu en aquella edad. Alentado por el deseo de plantear mejoras en la diócesis cuyo gobierno se le confiaba, inició una reforma radical en los estudios eclesiásticos, y construyó desde sus cimientos una casa destinada para la práctica de los ejercicios de San Ignacio, con sus propias rentas, y sin perjuicio de las considerables limosnas que repartia de ordinario.

Y no fué esto todo : en un informe presentado en 1804 al ministro de Indias, por el intendente de Guamanga don Demetrio O'Higgins, cuyo principal objeto era pedir mejoras en el órden civil y relijioso contra los desmanes de los alcaldes y curas, no se halla nombrado Aldunate mas que una sola vez, para hacer presente su celoso empeño en proveer las parroquias vacantes. Aquel informe es únicamente una acusacion terrible al réjimen eclesiástico de la provincia; y el silencio que guarda sobre la conducta del obispo Aldunate, constituye su mejor elogio.

Su permanencia en Guamanga no fué de larga duracion : al salir de Santiago llevaba la persuacion de que lo dejaba para siempre; pero la muerte del obispo Maran vino a dejar vacante esta diócesis en 1807. Con este motivo todas las corporaciones de Santiago elevaron sus súplicas al monarca español, a fin de que se sirviese presentar al obispo de Guamanga para ocupar la sede vacante. Los informes que con este motivo se enviaron a la metrópoli eran altamente honrosos a los talentos y virtudes de Aldunate, y la peticion fué tan jeneral que el consejo de rejencia, instalado en Cádiz a principios de 1810, decretó el pase del obispo al gobierno de la diócesis de Santiago de Chile.

En ese mismo año esta ciudad era el teatro de una agitacion liberal que debia desligar para siempre el reino de la monarquía española. Lo que no se habia intentado siquiera en doscientos sesenta años, lo hicieron nuestros

padres en unos pocos dias : quitaron el gobierno al primer delegado de la metrópoli, formaron una nueva administracion, y posteriormente, en 18 de setiembre de 1810, crearon una junta gubernativa, representante, como se dijo, del monarca cautivo, pero cuna en realidad de esa gloriosa revolucion que conmovió el pais hasta sus cimientos, para hacerlo independiente.

En la eleccion de los vocales que debieran formarla, tocó al obispo Aldunate el honroso puesto de vice-presidente.

Se hallaba todavía en el Perú cuando llegó a su noticia la eleccion que se acababa de hacer en su persona, y con mayor motivo apresuró su vuelta a Chile. Su arribo a Valparaiso, acaecido a fines de 1810, fué celebrado grandemente por los liberales, y su entrada a Santiago que tuvo lugar a principios del siguiente año, se hizo en medio de una numerosa concurrencia, y con todo el aparato y ceremonias correspondientes a su rango.

El partido novador esperaba un apoyo eficaz en los principios liberales del ilustre prelado. Natural era que el sacerdote que supo conquistar una posicion importante por su saber y virtudes, y que siempre habia manifestado inclinaciones a cierta independendencia, y por las reformas coloniales, abrazase de corazon la causa de la libertad, cuando todavia estaba en su aurora.

Pero la vida de Aldunate llegaba a su término. Contaba entonces ochenta y un años : su cabeza debilitada por el estudio desfallecia junto con su cuerpo, causado por su persistencia en el cumplimiento de sus obligaciones. Su espíritu se hallaba agostado, y su físico se sentia vencido por las dolencias.

Vivia separado del mundo en una quinta de su propiedad, situada en el barrio de la Cañadilla, rodeado de sus mas inmediatos deudos, y sustraído a las borrascosas controversias de la política.

Mucho debieron influir sobre el prelado las sujestiones de sus parientes, si se atiende a la edad que tenia cuando fué colocado en las filas de los que iniciaron el movimiento revolucionario. Desempeñó su encargo como era de esperarse de sus antecedentes, reemplazando a Rodriguez que por entonces ocupaba la provisoría eclesiástica. Si Rodriguez fué un tenaz opositor a toda idea de libertad, Aldunate subrogándolo, trajo un apoyo mas a la causa de la revolucion, prestándola en la cabeza de la iglesia nacional.

Pero los achaques del prelado se agravaron rápidamente y el 8 de abril de 1811, falleció en brazos de sus amigos. Sus últimos momentos fueron los de un santo.

Decretáronsele pomposas exequias, como a jefe de la diócesis y como vocal de la junta ejecutiva. Sus restos mortales fueron sepultados en la catedral, al lado derecho de la sacristía, en medio de las lágrimas de los pobres y de sus admiradores.

DIEGO BARROS ARANA.